

## EL PENSAMIENTO INTEGRACIONISTA Y LATINOAMERICANISTA DE JOSÉ MARTÍ

*Pablo Guadarrama González*

Ningún gran pensador en la historia de la humanidad ha nacido de espaldas a lo mejor de la tradición intelectual y política que le ha antecedido o del ambiente cultural en que se desarrolla. José Martí no fue una excepción, sino una confirmación más de esta regularidad.

Tuvo la suerte desde niño de ser apadrinado por Rafael María Mendive, un maestro forjado bajo la enseñanza humanista de aquella generación ilustrada cubana, que de forma temprana fue reconocida por sus aportes intelectuales y políticos,<sup>1</sup> especialmente de José de la Luz y Caballero –el filósofo cubano que impresionó gratamente a Goethe, Cuvier y Longfellow, entre otros–, así como el fermento independentista del sacerdote Félix Varela.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Véase J. M. Mestre, *De la filosofía en la Habana (1862)*, La Habana, Publicaciones del Ministerio de Educación, 1952.

<sup>2</sup> Véase P. Guadarrama, “Varela y el humanismo de la filosofía ilustrada latinoamericana”, en Félix Varela, *Ética y anticipación del pensamiento de la emancipación cubana*, Memorias del Coloquio Internacional de La Habana, diciembre, 1997, La Habana, Editorial Imagen Contemporánea, 1999, pp. 60-71.

Ambos pensadores descollaron entre otros latinoamericanos<sup>3</sup> por su cultivo del pensamiento moderno<sup>4</sup> caracterizado por la crítica a la escolástica y al eclecticismo junto a la defensa del sensualismo, el racionalismo, el culto a la ciencia y la tecnología, la democracia, los derechos del hombre, especialmente articulados a las ideas de igualdad, libertad y fraternidad en correspondencia con una visión universalista y un cosmopolitismo, que le distanciaba, en verdad, de cualquier tipo de nacionalismo estrecho o radical.<sup>5</sup>

El latinoamericanismo incipiente de aquella generación –aun cuando no existiese en esa época el concepto–, se apuntaló también con los procesos independentistas que rebasaban todo tipo de fronteras y divisiones formales impuestas por el colonialismo hispano-lusitano.

Los estudios universitarios de Martí en España se realizan en un ambiente en el que predominaba el krausismo, en oca-

<sup>3</sup> Véase I. Monal y O. Miranda, *Filosofía e ideología en Cuba (siglo XIX)*, México, UNAM, 1994; P. Guadarrama, “Principales etapas y rasgos de la filosofía en Cuba”, en *Cuadernos de filosofía latinoamericana*, núm. 100, Bogotá, Universidad de Santo Tomás, enero-junio, 2009. Varios autores, *Filosofía marxista II*, La Habana, Editorial Félix Varela, 2009, pp. 81-126; “Filosofía latinoamericana, momentos de su desarrollo”, en *Reflexionando desde nuestros contornos. Diálogos iberoamericanos*, Querétaro, Universidad Autónoma de Querétaro, 2009, pp. 115-155.

<sup>4</sup> Véase Pablo Guadarrama, “El pensamiento filosófico de José Agustín Caballero, Félix Varela y José de la Luz y Caballero”, en Pablo Guadarrama, *Valoraciones sobre el pensamiento filosófico cubano y latinoamericano*, La Habana, Editora Política, 1986, pp. 3-23.

<sup>5</sup> “El principal sustento de estas luchas por la nación ha sido la ideología del nacionalismo radical, conformada desde nuestras guerras de independencia hasta José Martí, su gran expositor y, desde él hasta la ideología de la Revolución Cubana, pasando por las luchas políticas y sociales que precedieron a 1959”. J. Valdés Paz, “Prólogo”, en Julio César Guanche, *La verdad no se ensaya, Cuba: el socialismo y la democracia*, La Habana, Editorial Caminos, 2012, p. x.

siones combinado con ideas positivistas que ha dado lugar a que se considere la existencia en la península de una especie de *krausopositivismo*.

Sus estrechas relaciones de amistad con significativos representantes de ese *positivismo sui generis* latinoamericano tanto en Cuba, con los que polemizó, entre los que se destacan Enrique José Varona y Manuel Sanguily, como en sus estancias en México,<sup>6</sup> Costa Rica, Guatemala, Venezuela, etc., durante la época en que predominaba esta última corriente filosófica, dejarían de algún modo cierta huella en lo referido al culto a la humanidad, sin que esto significase una adhesión definitiva de Martí ni al krausismo ni al positivismo.

En definitiva, como apuntaba Cintio Vitier, los más altos maestros de su sabiduría eran los hombres consagrados a la transformación redentora del mundo por el propio y voluntario sacrificio. De ahí su alta estimación de la obra de Bolívar, San Martín, O'Higgins, Sucre, Hidalgo, Juárez y en general todos los forjadores de la independencia latinoamericana, pero también de otro sacrificado redentor: Jesucristo.

Tampoco debe ignorarse en la constitución del pensamiento filosófico de Martí la impronta del idealismo y el espiritualismo, en especial del norteamericano Emerson. Sin embargo, Martí desarrolló una visión muy realista del devenir

<sup>6</sup> La estancia de Martí en México fue decisiva para ampliar y profundizar su concepción sobre América Latina, como plantea A. Herrera Franyutti: "México (1875-1876) significa para Martí la alborada americana. Desde la meseta de Anáhuac, pudo comprender y extender su mirada sobre la América española, nuevas voces se unirían a las de su Cuba natal, permitiéndole la toma de conciencia de la problemática latinoamericana, sus peligros y acechanzas". A. Herrera Franyutti, "El precoz antiimperialismo de José Martí", en *Memorias del Simposio Internacional Pensamiento político y antiimperialismo en José Martí*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1989, p. 264.

histórico, en particular, de la articulación entre el papel de los pueblos y sus líderes.

A su juicio: “Cuando los tiempos o los pueblos tienen por hábito o necesidad que hacer hombres, la Naturaleza tiene por costumbre sacarse del seno maternal quien los haga. Y la Naturaleza Americana puso su espada nueva en manos de Bolívar”.<sup>7</sup> Habría que cuestionarse si en la actualidad, a inicios del siglo XXI, –después del descalabro del “socialismo real” pero también del *neoliberalismo real*–, cuando varios pueblos latinoamericanos han puesto en la proa de sus respectivos gobiernos a hombres y mujeres viriles que han optado por un rumbo de reivindicación de sus recursos naturales, su dignidad y han emprendido la marcha hacia su segunda independencia, son suficientes los ejemplos para confirmar o no este enunciado martiano.

En estos actuales tiempos de utopía concretas, diría Ernst Bloch, de intentos de realización del ideal bolivariano de integración de los pueblos latinoamericanos reverdece la siguiente sugerencia del prócer cubano lanzada a fines del siglo XIX, para todos los tiempos futuros:

¡Pero así está Bolívar en el cielo de América, vigilante y ceñudo, sentado aun en la roca de crear, con el inca al lado y el haz de banderas a los pies; así está él, calzadas aun las botas de campaña, porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy: porque Bolívar tiene que hacer en América todavía!<sup>8</sup>

Algo similar se debe considerar en relación con Miranda, Artigas, San Martín, O’Higgins, Hildalgo, Morelos, Morazán y Martí, entre tantos que no solo lucharon por la independen-

<sup>7</sup> José Martí, *Obras Completas*, t. 12, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1975, p. 206.

<sup>8</sup> *Ibid.*, t. 8, p. 241.

cia política sino, por mayor justicia social, ante todo la eliminación de la esclavitud y todo lo que atentase contra la dignidad de los hombres y mujeres de nuestra América, con independencia de clase, etnia o género.

Por tal motivo, el héroe nacional cubano destacó la vehemencia de aquella generación en su lucha por la independencia y la igualdad al valorar altamente que: “[...] donde estaba San Martín siguió siendo libre la América. Hay hombres así, que no pueden ver la esclavitud. San Martín no podía; y se fue a libertar a Chile y Perú. En dieciocho días cruzó con su ejército los Andes altísimos y fríos”.<sup>9</sup> Junto a este tributo a la heroicidad se encontraba la alta estimación por las convicciones ideológicas y firmeza política de los forjadores de la gran patria latinoamericana, de ahí que considerase en el caso de Sucre que “Amó la América, y la gloria, pero no más que la libertad”.<sup>10</sup>

La estimación del valor del sacrificio justificado por la redención humana se aprecia en su carta testamento literario cuando consideraba que: “En la cruz murió el hombre en un día: pero se ha de aprender a morir en la cruz todos los días”.<sup>11</sup>

Por eso consideraba que cuando tal altruismo fructificaba valía la pena la entrega al sacrificio. De que estimase en alto grado el hecho de aunque:

A Hidalgo le quitaron uno a uno, como para ofenderlo, los vestidos de sacerdote. Lo sacaron detrás de una tapia, y le dispararon los tiros de muerte a la cabeza. Cayó vivo, revuelto en sangre, y en el suelo lo acabaron de matar. Le cortaron la cabeza y la colgaron en una jaula, en la Alhóndiga misma de Granaditas,

<sup>9</sup> *Ibid.*, t. 18, p. 308.

<sup>10</sup> *Ibid.*, t. 5, p. 471.

<sup>11</sup> *Ibid.*, t. 1, p. 28.

donde tuvo su gobierno. Enterraron los cadáveres descabezados. Pero México es libre.<sup>12</sup>

Lo que significa para la estimación de Martí que su heroicidad no había sido inútil. Tales ejemplos de sacrificio y sufrimiento necesarios inspiraron el héroe cubano. Martí consideraba que: “La Humanidad no se redime sino por determinada cantidad de sufrimiento, y cuando unos la esquivan, es preciso que otros la acumulen, para que así se salven todos”.<sup>13</sup> Su decisión personal fue asumir la necesaria cuota de sufrimiento y sacrificio en aras de liberar no solo a dos islas, Cuba y Puerto Rico, sino conquistar la dignidad plena de los pueblos latinoamericanos. A su juicio, “mientras haya en América una nación esclava, la libertad de todas las demás corre peligro”.<sup>14</sup>

La nueva época en que vivió Martí reclamaba completar la independencia de los pueblos latinoamericanos y a esa tarea se consagró. Martí cayó en 1895 combatiendo en los campos de batalla. El argentino Ezequiel Martínez Estrada lo calificaría a la vez como “un Santo, un Sabio y un Mártir”. Otros héroes como Antonio Maceo también murieron heroicamente de igual forma, pero Cuba fue libre del colonialismo español. Los voraces Estados Unidos de América, después de haber engullido tantos territorios vecinos no vacilaron en intervenir militarmente en Cuba, Puerto Rico y hasta en la lejana Filipinas.

Medio siglo de lucha costó y muchos nuevos mártires cayeron frente a las dictaduras de Gerardo Machado y Fulgencio Batista, como durante gobiernos plegados a los intereses yanquis, pero tal vez para cumplir el vaticinio de Máximo

<sup>12</sup> *Ibid.*, t. 18, p. 307.

<sup>13</sup> *Ibid.*, t. 8, p. 125.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 227.

Gómez, según el cual los cubanos tenían un gran defecto o quizás una virtud, esto es, o no llegaban o se pasaban. Quizás eso contribuya a explicar por qué razón fueron los últimos de liberarse del yugo colonial español y los primeros en liberarse del imperialismo yanqui.

Martí fue ante todo también un profundo admirador de los precursores de las luchas por la independencia de Cuba, como el *Padre de la Patria*, Carlos Manuel de Céspedes y de *El Mayor*, Ignacio Agramonte. En relación con ambos sostuvo que: “Las palabras pomposas son innecesarias para hablar de los hombres sublimes”.<sup>15</sup>

Respecto de Céspedes, quien dio inicio a la guerra por la independencia de Cuba, escribió:

Tal vez no atiende a que él es como el árbol más alto del monte, pero que sin el monte no puede erguirse el árbol. Jamás se le vuelve a ver como en aquellos días de autoridad plena; porque los hombres de fuerza original sólo la enseñan integra cuando la pueden ejercer sin trabas.<sup>16</sup>

Tal dialéctica concepción de la articulación entre los pueblos y sus líderes constituiría un elemento esencial tanto del pensamiento como de la praxis revolucionaria de Martí.

Especial admiración sintió por Máximo Gómez y Antonio Maceo, los héroes de la Guerra Grande (1868-1878) contra el colonialismo español, quienes con admirable recíproca estimación se subordinaron al liderazgo martiano en la nueva guerra iniciada en 1895. En una carta dirigida a Maceo, del cual expresó que tenía tanta fuerza en el pensamiento como en el brazo, consideraba *La protesta de Baraguá* –documento en el que este valiente estratega de la primera guerra independentista cubana se opuso a una tregua con las tropas

<sup>15</sup> *Ibid.*, t. 4, p. 360.

<sup>16</sup> *Ibid.*

españolas sino se lograba la plena independencia—, Martí la valoró como “de lo más glorioso de nuestra historia”.<sup>17</sup>

Las fuentes del ideario de Martí no se nutrieron solamente del ejemplo de los forjadores iniciales de la independencia y la dignidad de los pueblos latinoamericanos sino también de sus continuadores como Eugenio María de Hostos, Eloy Alfaro y Benito Juárez.

Con relación a este último expresó: “Juárez, el indio descalzo que aprendió latín de un compasivo cura, echó el cadáver de Maximiliano sobre la última conspiración clerical contra la libertad en el nuevo continente”.<sup>18</sup> En otro momento planteó:

A Juárez, a quien odiaron tanto en vida, apenas habría ahora, si volviese a vivir, quien no le besase la mano agradecido. Otros hombres famosos, todos palabra y hoja, se evaporan. Quedan los hombres de acto; y sobre todo los de acto de amor. El acto es la dignidad de la grandeza. Juárez rompió con el pecho las olas pujantes que echaba encima de la América todo un continente, y se rompieron las olas, y no se movió Juárez.<sup>19</sup>

De tal modo, se puso de manifiesto la profunda admiración que cultivó Martí hacia los precursores de las luchas independentistas como por sus continuadores en los nuevos tiempos, como en los que le correspondió vivir al héroe cubano. A su juicio:

es América la taza enorme, hervidero nuevo de las fuerzas del mundo, que llevan a las espaldas unos cuantos héroes y unos cuantos apóstoles, comidos, como de jauría, de todos los egoís-

<sup>17</sup> *Ibid.*, t. 3, p. 360.

<sup>18</sup> *Ibid.*, t. 8, p. 255.

<sup>19</sup> *Ibid.*, t. 6, p. 143.



tas cuyo reposo turba la marcha de la santa legión, la pelea eterna del vientre contra el ala.<sup>20</sup>

La historia recoge un ejemplo más reciente de sacrificio y redención en la historia liberadora latinoamericana en el universal argentino-cubano: Ernesto Guevara de la Serna. Ese especie de *San Ernesto de la Higuera*,<sup>21</sup> para muchos campesinos bolivianos que así le consideran al ofrendar flores y velas ante su retrato en las paredes de sus casas y en su monumento frente la escuela donde fue asesinado, cuyos restos no reposan sino que su pensamiento y ejemplo son diariamente reanimados por cientos de visitantes en ese monumento a la dignidad de los pueblos latinoamericanos en Santa Clara.<sup>22</sup>

También su cuerpo fue cercenado como el de Hidalgo y ocultado. Pero la mayoría de sus admiradores, y hasta los que no se identifican con él, pero respetan su actitud, no recuerdan el nombre de su asesino ni el del autor intelectual de aquel crimen –aunque todos coinciden en que la orden de su ejecución fue emitida desde Washington–, contra un prisionero herido en una pierna quien, como médico, paradójicamente había salvado tantas vidas de soldados enemigos en la lucha revolucionaria cubana. Sin embargo, la historia guarda sorpresas maravillosas para la memoria de los hombres que confían en los pueblos y luchan por su dignidad.

<sup>20</sup> *Ibid.*, t. 8, pp. 256 y 257.

<sup>21</sup> Véase P. Guadarrama, “San Ernesto de la Higuera”, en *Casa de Las Américas*, La Habana, núm. 206, enero-marzo, 1997, pp. 34-38; *El Heraldo de Barranquilla*, Barranquilla, 3 de agosto, 1997. En <http://biblioteca.filosofia.cu/guadarrama.pablo/sanernestodelahiguera>

<sup>22</sup> Véase P. Guadarrama, “El reposo del Che”, en *El Heraldo de Barranquilla*, Barranquilla, 14 de diciembre, 1997, pp. 4 y 5. Varios autores, Renán Vega Cantor (ed.), *Marx y el siglo XXI*, Bogotá, Ediciones Pensamiento Crítico, 1998, p. 854-861. En <http://biblioteca.filosofia.cu/guadarrama.pablo/el-reposodelche>

Hace un par de años en un hotel de Cochabamba nos impresionó que el sereno rostro indígena de un policía estuviese coronado con orgullo en su gorra en la frente la imagen de Ernesto Guevara. Le solicitamos permiso para tomarle una foto y gustosamente accedió.

Jamás habría podido imaginar el *Che* tal situación en la actual Bolivia, donde al igual que múltiples galerías de próceres latinoamericanos, incluso en varios palacios de gobiernos latinoamericanos, su inmortal rostro acompaña al de los libertadores de nuestra América. Todo parece indicar que como en el caso de Hidalgo y de Martí su sacrificio tampoco fue en vano.

No cabe duda que en las fuentes teóricas e ideológicas del pensamiento independentista de Martí se destacan las ideas de números cultivadores de las ideas humanistas y de luchadores sociales desde la antigüedad hasta su época, especialmente de los próceres de la independencia latinoamericana, pero más que por ideas se dejó seducir por el ejemplo de los actos de su humanismo práctico, que a sí mismo se exigía.

Como auténtico hombre de su tiempo en la nueva época que le correspondería vivir se puso a tono con las nuevas exigencias y su pensamiento y acción no solo mantuvo como aquellos una firme postura anticolonialista, sino que analizaría algunos de los rasgos que transformaban la sociedad capitalista durante el siglo XIX, especialmente norteamericana, y consecuentemente desarrolló un análisis y una actitud también antiimperialista.

Martí tuvo plena conciencia de que vivía en una época de trascendentales cambios en la historia americana y mundial. Si bien el viejo colonialismo había comenzado a desmoronarse nuevas formas de dominación colonial e imperial emergían, de ahí que calificara a los Estados Unidos de América como una nueva Roma. Como intelectual auténtico de su época no podía situarse al margen de aquellos cambios. Por el contrario, debía estudiarlos para sacar el mejor provecho a la orientación

de los rumbos tanto de Cuba como del resto de los pueblos latinoamericanos ante los nuevos peligros que les acechaban.

También Martí tomaría conciencia de que la vida política española había cambiado significativamente en relación con la de la época del inicio del proceso independentista latinoamericano, ya que, como plantea Liliana Georgis:

Pues, con la gesta bolivariana de principios de siglo se arremete contra la “vieja” España del *Antiguo Régimen*, “opresora y monárquica”, mientras que en los tiempos de Martí se habrán de plantear los mismos problemas, pero frente a una España “nueva”, la que los autonomistas defendieron por sus bases “liberales y republicanas” [...].<sup>23</sup>

Pero no solo con relación a España sabía muy bien que vivía en una época diferente, sino también respecto de Estados Unidos y al mundo en general. Su cosmopolita concepción partía del presupuesto según el cual: “El mundo no es una serie de actos, separados por catástrofes, sino un acto inmenso elaborado por una incesante obra de unión”.<sup>24</sup> Esta idea constituiría una premisa básica en la conformación de su ideario integracionista y latinoamericanista.

Su dialéctica concepción de la evolución histórica le hacía recomendar que: “De vez en cuando es necesario sacudir el mundo, para que lo podrido caiga a tierra”.<sup>25</sup> Sin embargo, su máxima aspiración era lograr el máximo equilibrio posible, especialmente en cuanto a las desigualdades sociales entre ricos y pobres, pues para él: “El mundo es equilibrio, y hay que poner en paz a tiempo las dos pesas de la balanza”.<sup>26</sup>

<sup>23</sup> L. Georgis, *José Martí. El humanismo como filosofía de la dignidad*, Mendoza, Ediciones ICALA, 2006, p. 57.

<sup>24</sup> Martí, *Obras Completas...*, t. 15, p. 194.

<sup>25</sup> *Ibid.*, t. 11, p. 242.

<sup>26</sup> *Ibid.*, t. 2, p. 251.

Comprendió muy bien que el mayor desafío de su época y de las venideras era dar solución a la cuestión social para lo cual había que afrontar las necesarias actitudes para intentar solucionarlas en lugar de postergarlas innecesariamente. De ahí que sostuviese las siguientes ideas que parecen escritas para nuestra época, sencillamente porque se correspondió auténticamente con su circunstancia y por tal motivo serviría para todas las épocas:

Los problemas se retardan, mas no se desvanecen. Negarnos a resolver un problema de cuya resolución nos pueden venir males, no es más que dejar cosecha de males a nuestros hijos. Debemos vivir en nuestros tiempos, batallar en ellos, decir lo cierto bravamente, desarmar el bienestar impuro.<sup>27</sup>

Para él, el proceso de dominación europea sobre las culturas aborígenes de este continente, posteriormente re-bautizado como América, había constituido una trágica e inhumana ruptura con lo que debía haber sido su desarrollo histórico. Para Leonardo Acosta:

Al negar Martí la validez del “argumento histórico” de la conquista, y admitir la posibilidad de una continuidad de la cultura autóctona, está sentando las bases de una concepción de nuestra historia en la que, lejos de comenzar esta en la conquista y desarrollarse en la colonia, queda bruscamente cortado el cordón umbilical que nos unía a ambas. La irrupción de la cultura europea en la vida Americana se convierte simplemente en la importación de una cultura extranjera con el solo propósito de consolidar un régimen de opresión: los vínculos filiales, emotivos, culturales, idiomáticos e históricos son un engaño y una trampa.<sup>28</sup>

<sup>27</sup> *Ibidem.*

<sup>28</sup> L. Acosta, *José Martí, la América precolombina y la conquista española*, La Habana, Editorial Cuadernos Casa de las Américas, 1974, p. 93.

Para Martí, “[...] la conquista se realizó, merced a las divisiones intestinas y rencores y celos de los pueblos americanos”,<sup>29</sup> era imprescindible para recuperar su autodeterminación lograr el máximo la unidad. Por esa razón, superando los sectarismos políticos que asediaban a Cuba en su época, logró crear un Partido Revolucionario Cubano que aglutinara todas las fuerzas que, de un modo u otro, se oponían a la dominación española, a fin de lograr el objetivo inmediato que era la independencia y luego se emprenderían las tareas de mayor magnitud social, económica y política.

Pero ante todo, reclamaba un imprescindible proceso de unión de las fuerzas revolucionarias, no solo en Cuba, sino en toda Latinoamérica. Aspiraba a que a través de una clara definición ideológica, tener bien precisados quienes eran los héroes y mártires de las luchas de estos pueblos para así poder definir en cuales sectores sociales se debía apoyar en los nuevos tiempos de lucha.

De ahí que proclamase: “Con Guaicaipuro, Paramaconi, con Anacaona, con Hatuey hemos de estar, y no con las llamas que los quemaron, ni con las cuerdas que los ataron, ni con los aceiros que los degollaron, ni con los perros que los mordieron”.<sup>30</sup> Y esto resultaba importante que estuviese bien definido en un hijo de un militar valenciano y de una madre canaria.<sup>31</sup>

Porque Martí –argumenta Dolores Nieves–, gradualmente, va descubriendo al indio, se va compenetrando con sus problemas y, lo que es más, va revelándose lo que significa y significaría, a

<sup>29</sup> Martí, *Obras Completas...*, t. 23, p. 192.

<sup>30</sup> *Ibid.*, t. 22, p. 27.

<sup>31</sup> “[...] ‘el genio de la raza’ nada tiene que hacer con Martí, cuya acción esencialmente liberadora lo vincula al indio Juárez o al negro Toussaint Louverture mucho más directamente que a cualquier europeo de su época o de cualquier época.” L. Acosta, *op. cit.*, La Habana, Editorial Cuadernos Casa de las Américas, 1974, p. 99.

nivel continental, la no integración a un destino común de esa gran masa irredenta. Su visión, que comienza siendo conmisericordiosa, transcurrirá hacia la definición de un problema socio cultural; pues no solo trata de lograr una imagen positiva del indio americano, sino de valorar su importancia como componente socio histórico de América.<sup>32</sup>

Martí nunca renegó de su estirpe española, pero tampoco de su raigambre cubana y su identidad latinoamericana,<sup>33</sup> donde lo mestizo, lo mulato, lo negro, lo indígena y hasta lo asiático parecen destinados, según José Vasconcelos, a conformar el crisol de una emergente raza cósmica.

Siempre supo distinguir, a la vez, entre el pueblo español y el pueblo norteamericano y el valor de sus respectivos aportes científicos, tecnológicos, políticos y culturales frente a las posturas de sus gobernantes en relación con los países latinoamericanos. Cuando llega a Nueva York, como plantea Marlene Vázquez:

No niega la grandeza de lo que observa. Temperamento generoso por naturaleza, es más dado a la alabanza entusiasta que a la crítica mezquina; pero se percata de la sustancial diferencia que media entre el entorno hispanoamericano y el anglosajón, y de esa comparación inevitable emerge el sentimiento de la *otredad*, que conduce a la reevaluación de lo propio. De esa contrastación brotan también las primeras notas de alarma y las consecuentes llamadas de atención respecto al fortalecimiento

<sup>32</sup> D. Nieves, "*Patria y Libertad: hacia una definición martiana de nuestra América*", en *Anuario del centro de Estudios Martianos*, núm. 17, La Habana, 1994, p. 73.

<sup>33</sup> Véase P. Guadarrama, "Pensee philosophique et identite latino-americaine", en *Ire partie Sol a sol. Le magazine de l'Amerique Latine*, núm. 23, París, juillet/aout, 1992, p. 5; deuxième partie, núm. 24, septiembree-octubre, 1992, p. 4.

de la unidad continental y de la autonomía cultural y económica de los pueblos de nuestra América.<sup>34</sup>

Se enorgullecía de la estirpe latina de nuestra cultura, pero no se limitaba a regodearse en ella, sino en asumirla como un componente indispensable que junto a los vernáculos conformaban la identidad latinoamericana.<sup>35</sup>

Ahora bien –plantea Adalberto Ronda–, la concepción martiana de la creación autóctona no es precisamente de raíz fundamentalista o indigenista excluyente. Más que eso, es una amplia y fecunda comprensión de la relación endógena que debe existir entre lo universal y lo específico en cualquier proyecto de edificación social. Ni el nacionalismo estrecho ni la copia absoluta de lo extranjero. Debía ser la complementación equilibrada en la que los caracteres de lo propio predomine.<sup>36</sup>

En verdad, esa fue la postura que siempre inspiró su actitud ante las distintas expresiones culturales de los pueblos de las distintas regiones del mundo, de ahí lo mismo sus altas valoraciones de las expresiones artísticas y del pensamiento europeo, como del ingenio norteamericano, la profundidad de la filosofía de la India y China, los aportes africanos, en

<sup>34</sup> M. Vázquez, *La vigilia perpetua. Martí en Nueva York*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2010, p. 22.

<sup>35</sup> Véase M. Rojas Gómez, “Aportes a la identidad integracionista latinoamericana”, en *50 Años del proceso de Integración Latinoamericana 1960-2010: ensayos sobre integración*, Montevideo, Ediciones de la Secretaría General de ALADI, 2011, pp. 151-303; M. Rojas Gómez, *Identidad cultural e integración: desde la Ilustración hasta el Romanticismo latinoamericanos*, Bogotá, Editorial Bonaventuriana, 2011.

<sup>36</sup> A. Ronda Varona, “La alteridad y el cambio de espíritu en el ideal de modernización”, en *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, núm. 17, La Habana, 1994, p. 51.

especial árabes, en la conformación de la cultura española y latinoamericana, o su perplejidad ante los monumentos arquitectónicos de los aztecas y mayas así como la profundidad cosmogónica, cosmológica y antropológica de sus concepciones.

De manera que, esa perspectiva universalista situada que se aprecia en Martí le permitió evadir cualquier chauvinismo y a la vez justipreciar adecuadamente la riqueza y potencialidades contenidas en la ya conformada cultura latinoamericana, dados los valiosos ingredientes que la habían elaborado, y el creciente protagonismo que en ella iba asumiendo, lo que él concibió como “el hombre natural”, es decir, los sectores populares.<sup>37</sup>

Sus propuestas emancipadoras de los pueblos latinoamericanos para lograr su segunda y definitiva independencia en relación con las nuevas formas de dominación imperiales que los asediaban se basaban esencialmente en impulsar un mejor conocimiento de la historia de los pueblos latinoamericanos “de los incas acá” como había propuesto, pero sobre todo de un mejor conocimiento de las luchas independentistas de sus logros y reveses, dada la actitud de las oligarquías conservadoras que se habían instalado en ellas, incluso manteniendo la denigrante institución de la esclavitud.

Martí sabe muy bien y trata por todos los medios a su alcance de divulgar la idea de que aquel proceso independentista inconcluso no era el simple producto de ideas foráneas y exóticas, sino que, aun cuando los próceres habían recibido de algún modo la influencia de pensadores o políticos

<sup>37</sup> “En *Nuestra América*, Martí anunciaba ya el advenimiento del hombre natural, es decir, del hombre del pueblo al escenario político latinoamericano. El hombre natural vendría a ser el polo opuesto de los ‘letrados artificiales’ o los ‘criollos exóticos’”. J. Ibarra, *José Martí, dirigente político e ideólogo*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2008, p. 206.



europeos y norteamericanos, o había encontrado promisorio ejemplo en la Revolución Francesa o en la Guerra de Independencia de las Trece Colonias Norteamericanas, sin embargo, la fuente nutritiva principal de aquel proceso era eminentemente endógeno y se había ido fraguando lentamente en insurrecciones de indígenas, esclavos, campesinos, artesanos, comuneros, etc., que en distintas regiones y épocas habían encendido la llama de la libertad, aun cuando esta fuese violentamente apagada en numerosas ocasiones, pero de sus cenizas como ave fénix, una y otra vez siempre resurgían. Por eso insistía en que “La independencia de América venía de un siglo atrás sangrando; ¡ni de Rousseau ni de Washington viene nuestra América, sino de sí misma!”<sup>38</sup>

Con razón Paul Estrade ha sostenido que:

Como se puede apreciar, ya Martí ha comprendido que la libertad, más que un dogma venerado o un ideal inexequible, es un ímpetu vivo y una lucha permanente; que la libertad recetada e importada, aunque venga con el aura de la Revolución Francesa, no correspondía al estado y a las urgencias de su Isla y de su Continente [...].<sup>39</sup>

Por eso Suárez Franceschi expresa:

Sostengo que la obra visionaria de Martí está impulsada por una afán incesante de construir una utopía sobre la base de lo hispanoamericano autóctono. Construye su ideal utópico sobre la realidad cabal de Hispanoamérica, y lo pone como norte de su acción. Sus escritos, a la vez que constituyen una visión coherente del mundo hispanoamericano, contienen una crítica a la socie-

<sup>38</sup> Martí, *Obras Completas...*, t. 8, p. 244.

<sup>39</sup> P. Estrade, “José Martí y la Revolución Francesa”, en *Anuario del centro de Estudios Martianos*, núm. 12, La Habana, 1989, p. 182.

dad de Hispanoamérica, y una descripción de una comunidad ideal para nuestros pueblos. Hace la crítica y ofrece recomendaciones para corregir los males. Prevé, previene y propone.<sup>40</sup>

Es con una adecuada combinación de realismo político e idealismo social que el Héroe Nacional cubano analiza tanto las circunstancias específicas que hacen posible la lucha por la independencia de Cuba y Puerto Rico como parte del imprescindible proceso de completamiento de la emancipación latinoamericana. Como sostiene Francisca López Civeira:

Martí es un hombre de combate, por lo que no solo va a dedicar sus capacidades intelectuales a estudiar el fenómeno, sino que va a trazar las líneas esenciales de lucha contra el mismo, elaborando una estrategia continental y preparando y organizando la guerra independentista cubana, que es parte esencial de esa estrategia.<sup>41</sup>

Realmente es así como lo expresara en su carta póstuma a su amigo mexicano Manuel Mercado en la que le revela que pues no es simplemente dos Islas a liberar, sino a salvaguardar la dignidad de todos los pueblos de nuestra América.

La lucha de Martí no tiene las miras puestas solamente en Cuba y Puerto Rico, sino en toda nuestra América frente al peligro que desde temprano había avizorado Bolívar ante las fagositósicas pretensiones de los Estados Unidos de América.

<sup>40</sup> A. Suarez Franceschi, "Martí, 'idealista practico'. La fuerza impulsora de la utopía y la lucha por transformar la realidad de América", en *Anuario Centro de Estudios Martianos*, núm. 13, La Habana, 1990, p. 253.

<sup>41</sup> F. López Civeira, "Martí antiimperialista", en D. Abad Muñoz y L. Solís Chávez (coords.), *Homenaje a José Martí. En el Centenario de su muerte en combate*, Morelia, Universidad Michoacana San Nicolás de Hidalgo, 1997, p. 168.

“Es claro que la restauración del bolivarismo en Martí tiene el sentido de oposición al imperialismo”.<sup>42</sup>

Se percató desde muy temprano de las pretensiones de dominación yanqui sobre nuestros pueblos a través de la doctrina panamericanista, opuesta al latinoamericanismo propugnado por él y lo pudo confirmar durante su participación en la Conferencia monetaria de Washington, pues “[...] los acontecimientos posteriores abrían de confirmar los temores y prevenciones de Martí respecto a los propósitos imperialistas del llamado ‘sistema panamericano’”.<sup>43</sup>

De manera que, resulta apropiada la afirmación de Ramón Losada Aldana según la cual:

[...] el analizado latinoamericanismo antipanamericanista de nuestros dos grandes hombres se agota en las fronteras latinas del Hemisferio Occidental. Pero la verdad es que el internacionalismo de ambos libertadores (Bolívar y Martí) tiene dimensiones planetarias y se identifica con la batalla de todos los pueblos contra la opresión mundial. No es sino ese el sentido de la tesis sobre “el equilibrio del universo”, que tanto el uno como el otro esgrimieron en sus luchas libertadoras y en sus previsiones de futuros combates.<sup>44</sup>

Este hecho contribuye a fortalecer la tesis de Roberto Fernández Retamar de la precoz dimensión tercermundista de Martí, pues en verdad su proyección iba más allá de las la-

<sup>42</sup> R. Soler, “José Martí: Bolivarismo y antiimperialismo”, en *Simposio internacional Pensamiento Político y antiimperialismo en Jose Martí*, Memorias, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1989, p. 29.

<sup>43</sup> A. Augier, “Martí: tesis antiimperialistas en la cuna del panamericanismo”, en *Dos congresos. Las razones ocultas. José Martí*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1985, p. 209.

<sup>44</sup> R. Losada Aldana, “Antipanamericanismo en Bolívar y Martí”, en *Anuario Centro de Estudios Martianos*, núm. 13, La Habana, 1990, pp. 81 y 82.

titudes del espacio americano, sino con todos los pobres de la Tierra, es decir de todo el orbe. Es lógico presuponer que,

El joven Martí concibió la necesaria guerra independentista de Cuba como continuación del proceso emprendido a principios de siglo en el resto del Continente, al que nos unía la comunidad de sufrimientos, la explotación por una misma potencia esclavizadora y un semejante espíritu de rebeldía.<sup>45</sup>

Por tal motivo, se debe concebir la existencia de una indisoluble postura patriótica, latinoamericanista y antiimperialista en el prócer cubano propiciadora del cultivo de la identidad cultural y la integración de los pueblos de nuestra América, que le proyectaba, dado su humanismo concreto y revolucionario, hacía una perspectiva mucho más universalista y dignificante de todo hombre o mujer esclavizado, explotado o humillado en el mundo. Por esa razón su pensamiento y actitud mantiene plena vigencia en la actualidad y se reproduce no simplemente en quienes le veneran como un santo, sino en quienes asumen una actitud continuadora de su ejemplo, como recomendaba con suficientes méritos para ello Ernesto *Che* Guevara cuando sostenía:

Porque a los héroes, compañeros a los héroes del pueblo, no se les puede separar del pueblo, no se les puede convertir en estatuas en algo que esta fuera de la vida de ese pueblo para el cual la dieron. El héroe popular debe ser una cosa viva y presente en cada momento de la historia de un pueblo [...]. Esa es mi recomendación final, que se acerquen a Martí sin pena, sin pensar que se acercan a un Dios, sino a un hombre más grande que los demás hombres, más sabio y más sacrificado que los

<sup>45</sup> I. Hidalgo Paz, *IncurSIONES en la obra de José Martí*, La Habana, Ciencias Sociales, 1989, p. 19.

demás hombres, y pensar que lo reviven un poco cada vez que piensen en él, y lo reviven mucho cada vez que actúan como él quería que actuaran.<sup>46</sup>

Si bien desde su temprana madura juventud Martí junto al arraigado patriotismo comenzaba ya a cultivar admiración profunda por la historia de los pueblos latinoamericanos, su cultura, sus luchas y anhelos, sin embargo, pudo haberle sucedido lo que ha sido común a tantos otros intelectuales que han tomado mayor conciencia de su condición de latinoamericanos y del valor que encierra tal condición, cuando han viajado a Europa, Norteamérica o cualquier otra parte en la que han confraternizado con otros latinoamericanos y la nostalgia ha trascendido las fronteras del país de procedencia al apreciar la existencia de mayor nexos de identificación y unión que de diferencia entre los países de esta región.

En tal sentido pudo haber sido la España de su estancia juvenil, pero más que la metrópoli colonial, fue sin dudas las estancias en México, Guatemala y Venezuela las que más debieron haber contribuido a afianzar el sentimiento latinoamericanista en el prócer cubano, que debió culminar durante su prolongada estancia en los Estados Unidos de Norteamérica donde –además de cultivar amistad con notables intelectuales latinoamericanos entre los cuales sobresalen entre otros Rubén Darío y Jose María Vargas Vila,<sup>47</sup> hecho que le posibilitaría un mejor conocimiento de las particularidades históricas

<sup>46</sup> E. Guevara, “José Martí”, en *Siete enfoques marxistas sobre José Martí*, La Habana, Editora Política, 1978, p. 76.

<sup>47</sup> “Su sagacidad premonitoria, mixtura de ciencia y poesía, le permitió calibrar –y abogar por el– el carácter legítimo de la consanguinidad cultural latinoamericana, con un espacio significativo para Colombia en el conjunto continental.” Y. Ricardo, “La presencia de Colombia en Martí: Contextos e intertextualidad”, en *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, núm. 17, La Habana, 1994, p. 194.

y culturales de sus países de procedencia mucho mejor que la que le podían ofrecerla los libros y revistas— sin duda pudo ver más de cerca las amenazas que se fraguaban contra la dignidad de todos los pueblos de nuestra América.

Con otras palabras —sostiene Pedro Pablo Rodríguez—: el latinoamericanismo martiano no es el mero sentimiento fraterno por una comunidad de origen y de idioma, sino algo más profundo y verdadero: es la comprensión de la necesidad histórica de la unidad latinoamericana como la única manera, para los pueblos del Sur, de subsistir y desarrollarse como identidad sociocultural independiente frente al imperialismo norteamericano. Y, por tanto, ese latinoamericanismo solo pudo manifestarse con tal sentido a finales de los años ochenta, cuando Martí expresó una aprehensión del fenómeno imperialista en los Estados Unidos. De ahí la contemporaneidad y vigencia de esas ideas latinoamericanistas.<sup>48</sup>

El latinoamericanismo de José Martí no cristalizó de la noche a la mañana, fue el producto de una prolongada gestación por lo que como sostiene Roberto Fernández Retamar:

Ese nombre (Nuestra América) se le revela, según lo hemos dicho, al contacto directo con circunstancias latinoamericanas. Pero su significado no permanecerá invariable en Martí, sino que se irá cargando de sentido a lo largo de su vida, hasta alcanzar su definición mejor en el gran texto de 1891.<sup>49</sup>

<sup>48</sup> P. Rodríguez, “Guatemala: José Martí en el camino hacia nuestra América”, en *Anuario del centro de Estudios Martianos*, núm. 17, La Habana, 1994, pp. 229 y 230.

<sup>49</sup> R. Fernández Retamar, “El credo independiente de la América Nueva”, en *Anuario Centro de Estudios Martianos*, núm. 14, La Habana, 1991, p. 155.

A su juicio:

La vida americana no se desarrolla, brota. Los pueblos que habitan nuestro continente, los pueblos en que las debilidades inteligentes de la raza latina se han mezclado con la vitalidad brillante de la raza de América, piensan de una manera que tiene más luz, sienten de una manera que tiene más luz, sienten de una manera que tiene más amor, y han de menester en el teatro –no de copias serviles de naturalezas agotadas– de brotación original de tiempos nuevos.<sup>50</sup>

Confiaba en que “¡Las tierras de habla española son las que han de salvar en América la libertad! Las que han de abrir el continente nuevo a su servicio de albergue honrado. La mesa del mundo está en Los Andes”.<sup>51</sup> Y por tal motivo despreciaba a aquellos que se plegaban a los intereses norteamericanos para congratularse con aquel voraz poder emergente cuando planteaba: “Dicen que han solido venir gentes de nuestras tierras a ofrecer a los Estados Unidos, en cambio de este o aquel apoyo, pedazos de nuestro territorio; y saber sería bueno quienes fueron, para hacer una picota que llegase a las nubes y poner en ella su nombre en letras bien negras”.<sup>52</sup>

Cuanta actualidad tienen estas ideas de Martí con relación a quienes hoy se han dejado seducir por el *american way of live* y solo se sienten realizados si ostentan un pasaporte norteamericano o europeo con libre visado. Ya en su época el pensador cubano apuntaba que:

[...] en lo que se escribe ahora por nuestra América imperan dos modas, igualmente dañinas, una de las cuales es presentar como

<sup>50</sup> Martí, *Obras Completas...*, t. 6, p. 200.

<sup>51</sup> *Ibid.*, t. 19, p. 22.

<sup>52</sup> *Ibid.*, t. 8, p. 370.

la casa de las maravillas y la flor del mundo a los Estados Unidos, que no lo son para quien sabe ver; y otra propalar la justicia y la conveniencia de la preponderancia del espíritu español, en los países hispanoamericanos, que en eso mismo están probando precisamente que no han dejado aun de ser colonias.<sup>53</sup>

Martí sabía muy bien que la lucha no era solo frente a los poderes coloniales o imperiales externos, sino contra lo que era más difícil aun, contra las mentalidades serviles de una elite oligárquica que en América Latina había sido y seguiría siendo cómplice de la explotación transnacional de las riquezas y el sudor de sus respectivos pueblos. Este es el caso de la integración centroamericana que Martí consideraba que de forma natural debía realizarse. Según él: “Esas Repúblicas, que acabarán por no ser más que una sola, como las leyes de la naturaleza, de la política y la utilidad lo ordenan, están hoy riñendo por la construcción del canal de Nicaragua”.<sup>54</sup> Sin embargo, desafortunadamente se impuso el divisionismo de las elites dominantes auspiciadas por el nuevo poder imperial que deseaba dispersarlas para devorarlas mejor como hizo con el Canal de Panamá. En la actualidad, se plantea nuevamente la posibilidad de la construcción de un canal transoceánico a través de Nicaragua, pero ya no bajo la tutela yanqui como tanto preocupó a Augusto Cesar Sandino.

Como plantea Jorge Ibarra:

Martí pudo prever el desarrollo histórico del capitalismo estadounidense y su enfrentamiento inevitable en bloque con los países de nuestra América. Su crítica social a los móviles mercantiles de la clase burguesa y al poder de los monopolios desde las posiciones de vanguardia del movimiento de liberación

<sup>53</sup> *Ibid.*, t. 28, pp. 289 y 290.

<sup>54</sup> *Ibid.*, t. 19, pp. 94 y 95.



nacional cubano y de su sistema de valores éticos, fue una de las más avanzadas y profundas de la época, por no decir la de mayor calado histórico en América.<sup>55</sup>

La labor de Martí estaba orientada no solo emancipar dos islas, sino a contribuir a la plena emancipación de los pueblos latinoamericanos, que aun cuando hubiesen alcanzado la independencia política, se habían convertido en neocolonias de los nuevos poderes hegemónicos europeos y yanquis.<sup>56</sup> De ahí su recomendación: “Si quiere libertad nuestra América, ayude a ser libre a Cuba y Puerto Rico”.<sup>57</sup>

Muy claro tenía el apóstol cubano que su misión era “impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan los Estados Unidos y caigan con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso”.<sup>58</sup>

Por tal razón, con acierto sostiene Rodolfo Sarracino que:

Martí sabía que tendría que hallar aliados internacionales con intereses opuestos a los Estados Unidos, dispuestos a frenar el expansionismo norteamericano y, tal vez, lo más importante

<sup>55</sup> J. Ibarra, *José Martí, dirigente político e ideólogo*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2008, p. 266.

<sup>56</sup> “El joven Martí concibió la necesaria guerra de independencia de Cuba como continuación del proceso emprendido a principios de siglo en el resto del continente, al que nos unía la comunidad de sufrimiento, la explotación por una misma potencia esclavizadora y un semejante espíritu de rebeldía. En *El presidio político en Cuba* apreciamos su enfoque de las raíces comunes a todo el llamado Nuevo Mundo, del colonialismo, y del saqueo a que fueron sometidos nuestros pueblos [...]”. I. Hidalgo, *IncurSIONES en la obra de José Martí*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1989, p. 19.

<sup>57</sup> Martí, *Obras Completas...*, t. 2, p. 373.

<sup>58</sup> *Ibid.*, t. 4, p. 169.

buscar en lo interno las vías para influir con la verdad de Cuba en un pueblo hasta el día de hoy engañado y conducido al sacrificio en defensa de causas espurias e injustas. En instituciones como el Club Crepúsculo se concentraban figuras poderosas e influyentes en la sociedad estadounidense, capaces de equilibrar, demorar o inhibir la expansión territorial de Estados Unidos en toda la América Latina.<sup>59</sup>

De tal manera, en sus profundas convicciones humanistas prácticas, independentistas, integracionistas y latinoamericanistas subyacía el criterio de que:

Es cubano todo americano de nuestra América y en Cuba no peleamos por la libertad humana solamente; ni por el bienestar imposible bajo un gobierno de conquista y un servicio de sobornos, ni por el bien exclusivo de la isla idolatrada, que nos ilumina y fortalece con su simple nombre: peleamos en Cuba para asegurar, con la nuestra, la independencia hispanoamericana.<sup>60</sup>

Martí tenía sobradas razones para estar convencido de que la confrontación entre Estados Unidos y América Latina tenía profundas raíces económicas y políticas, por lo que podría producir frutos muy amargos que era mejor hacer lo posible para que no se desarrollaran. Abrigaba la utópica esperanza de “[...] si estarán mejor como amigas naturales sobre bases libres, que como coro sujeto a un pueblo de intereses distintos, composición híbrida y problemas pavorosos, resuelto a entrar, antes de tener arreglada su casa, en desafío arrogante, y acaso pueril, con el mundo”.<sup>61</sup>

<sup>59</sup> R. Sarracino, *José Martí en el Club Crepúsculo de Nueva York. En busca de nuevos equilibrios*, Guadalajara, Editorial Universitaria. Universidad de Guadalajara/Centro de Estudios Martianos, 2010, pp. 95 y 96.

<sup>60</sup> Martí, *Obras Completas...*, t. 5, p. 375.

<sup>61</sup> *Ibid.*, t. 6, p. 53.

Varios fueron los pensadores, como es el caso entre otros, de Sarmiento, que en el siglo XIX abrigaron en la añoranza de que en Latinoamérica se conformara un concierto de naciones que lograra el respeto de su soberanía por parte de las potencias europeas y de los impetuosos Estados Unidos de América. Pero los más agudos visionarios como Simón Bolívar o Justo Arosemena en 1856 se percataron que el futuro de ambas Américas sería de confrontación y de intenciones engullidoras no precisamente de las recién independizadas repúblicas del sur del continente.<sup>62</sup>

Martí analizaba que: “Los Estados Unidos que nacieron de padres que emigraron de su patria por exceso de amor a la libertad, y austeridad en la virtud, se inclinan a mancillar esa valiosa herencia, compeliendo a pueblos menores a que existan para el provecho y acomodamiento de la Nación Americana”.<sup>63</sup> Por eso le confiaba a su entrañable amigo mexicano Manuel Mercado, refiriéndose a Estados Unidos de América que “[...] de esta tierra no espero nada, ni para Uds.; ni para nosotros, más que males”.<sup>64</sup>

Supo diferenciar muy bien entre lo que significó el nacimiento de los Estados Unidos de América y en lo que este se había convertido a fines del siglo XIX, por eso afirmó: “[...] en otros tiempos distintos a los de hoy, los Estados Unidos

<sup>62</sup> “Hace más de veinte años que el águila del Norte dirige su vuelo hacia las regiones ecuatoriales. No contenta ya con haber pasado sobre una gran parte del territorio mexicano, lanza su atrevida mirada mucho más acá. Cuba y Nicaragua son, al parecer, sus presas del momento para facilitar la usurpación de las comarcas intermedias, y consumir sus vastos planes de conquista un día no muy remoto.” J. Arosemena, “Contra la expansión expansionista de los Estados Unidos”, en *Temas de filosofía política latinoamericana*. Bogotá, Editorial El Búho, 1984, p. 82.

<sup>63</sup> Martí, *Obras Completas...*, t. 14, p. 355.

<sup>64</sup> *Ibid.*, t. 1, p. 284.

significaban la libertad”.<sup>65</sup> Y criticaba el devenir de aquel país ya que: “Las leyes americanas han dado al Norte alto grado de prosperidad, y lo han elevado también al más alto grado de corrupción. Lo han metalificado para hacerlo próspero. ¡Maldita sea la prosperidad a tanta cosa!”<sup>66</sup>

De ahí que, acertadamente Pedro Pablo Rodríguez considera:

Como Martí no fue un historiador ni un sociólogo, ese deslinde a que arriba en sus análisis es motivado por el gran problema de su tiempo: la política expansionista del naciente imperialismo norteamericano cuya marcha, a plena conciencia, intentara detener desde entonces. Por su latinoamericanismo se define por oposición: América Latina es una identidad, no solo por razones históricas y étnico-culturales, sino también porque su presente y su futuro enfrentan una nueva amenaza de dominación.<sup>67</sup>

Martí se percató de las transformaciones que se operaban en la economía y la política norteamericana, especialmente el desarrollo de los monopolios que entrevía promoverían grandes guerras imperialistas y nuevas pretensiones de conquista especialmente sobre América Latina. A su juicio:

El monopolio es un gigante negro. El rayo tiene suspendido sobre la cabeza. Los truenos le están zumbando en los oídos. Debajo de los pies le arden volcanes. La tiranía acorralada en lo político, reaparece en lo comercial. Este país industrial tiene un tirano industrial. Este problema apuntado aquí de pasada, es

<sup>65</sup> *Ibid.*, t. 22, p. 68.

<sup>66</sup> *Ibid.*, t. 21, p. 16.

<sup>67</sup> P. P. Rodríguez, “Como la plata en las raíces de los Andes. El sentido de la unidad continental”, en *Letras. Cultura en Cuba*, Prefacio y Compilación Ana Cairo Ballester, núm. 2, La Habana, Editorial Pueblo y Educación, 1989, p. 159.

uno de aquellos graves y sombríos que acaso en paz no pueden decidirse y ha de ser decidido aquí donde se plantea, antes tal vez de que termine el siglo.<sup>68</sup>

Metáforas estas premonitorias pues lamentablemente en 1898 desembarcarían las tropas yanquis en Santiago de Cuba para continuar con su política de *Destino Manifiesto* que condenaba a los países latinoamericanos a convertirse en neocolonias de Estados Unidos de América.

Su prolongada estancia en Estados Unidos le permitió conocer muy bien ese país y diferenciar fehacientemente aquella cultura y estilo de vida en relación con las del hombre latinoamericano. A su juicio: “Los norteamericanos posponen a la utilidad el sentimiento. –Nosotros posponemos al sentimiento la utilidad”.<sup>69</sup> Esta era, según el pensador cubano “un país en que todo se sacrifica al logro de una riqueza material”.<sup>70</sup> Consideraba que “aquella gran tierra está vacía de espíritu”.<sup>71</sup> Algunas razones habrán motivado que expresase: “Viví en el monstruo y le conozco las entrañas: –y mi honda es la de David”.<sup>72</sup>

Martí, aunque admiraba al pueblo norteamericano por su desarrollo económico, tecnológico y su carácter emprendedor, albergaba serias dudas sobre la forma de su sistema político y no quería en modo alguno seguir el modelo norteamericano, como se aprecia en esta declaración suya: “Quiero que el pueblo de mi tierra no sea como éste, una masa ignorante y apasionada, que va donde quieren llevarla, con ruidos

<sup>68</sup> Martí, *Obras Completas...*, t. 10, p. 85.

<sup>69</sup> *Ibid.*, t. 1, p. 15.

<sup>70</sup> Martí, “México y los Estados Unidos” [México, 27 de abril, 1876], en *Revista Universal, Anuario del Centro de Estudios Martianos*, núm. 5, La Habana, 1982, p. 10.

<sup>71</sup> Martí, *Obras Completas...*, t. 9, p. 123.

<sup>72</sup> *Ibid.*, t. 4, pp. 167 y 168.

que ella no entiende, los que tocan sobre sus pasiones como un pianista toca sobre un teclado”.<sup>73</sup>

Esto lo afirmaba cuando solo se conocía la prensa escrita, pero no imaginaba Martí lo que sucedería décadas después con la manipulación de las campañas electorales o justificadoras de guerras intervencionistas en cualquier “rincón oscuro del mundo” a través de la radio, la televisión, Internet, etc., así como en entidades supranacionales como la OEA, la ONU, etcétera.

Consideró que, el único partido para los empresarios norteamericanos era el de los intereses, cuando sostenía: “[...] los capitalistas que a cambio de leyes favorables a sus empresas apoyan al partido que se las ofrece”.<sup>74</sup>

Se percató oportunamente de “la soberbia conque el hombre de Norteamérica se juzga único y prominente entre los pueblos”,<sup>75</sup> y que ha dado lugar a que muchos hijos de ese pueblo hayan sido utilizados en muchas ocasiones consciente o inconscientemente para participar en golpes de Estado, guerras, conspiraciones, etc., en múltiples lugares del mundo para imponer sus intereses.

A raíz de la conferencia de Washington en 1890 Martí con regocijo escribía:

Y sin ira, y sin desafío, y sin imprudencia, la unión de los pueblos cautos y decorosos de Hispanoamérica, derrotó el plan norteamericano de arbitraje continental y compulsorio sobre las repúblicas de América, con tribunal continuo e inapelable residente en Washington.<sup>76</sup>

<sup>73</sup> *Ibid.*, t. 22, p. 73.

<sup>74</sup> *Ibid.*, t. 10, p.190.

<sup>75</sup> *Ibid.*, t. 7, p. 335.

<sup>76</sup> *Ibid.*, t. 6, p. 90.

Lamentablemente, tras varios intentos manipuladores Estados Unidos de América logró conformar la Organización de Estados Americanos, que como eficiente ministerio de colonias ha logrado regularmente medir con supuesto exclusivo *democratómetro*, cuáles gobiernos cumplen con las exigencias de lo que el poderoso vecino consideran democráticos y cuales atentan contra la seguridad norteamericana.

No han dudado de intervenir militarmente en numerosas ocasiones en varios países latinoamericanos, como México, Cuba, Nicaragua, Haití, República Dominicana, Granada, Panamá, etc.; confabularse con golpes de Estado contra Jacobo Arbenz en Guatemala, de Fulgencio Batista en Cuba, Augusto Pinochet en Chile y otros más recientes, así como otros propiciadores de dictaduras militares y fascistoides no sólo en América Latina.

Han estado evidentemente involucrados en misteriosos asesinatos de líderes populares como Augusto Cesar Sandino, Jorge Eliecer Gaitán, Omar Torrijos, más de trescientos intentos de atentado –oficialmente reconocidos por el Senado de Estados Unidos de América, contra Fidel Castro–, etc.; asesorar en la utilización de torturas en la Escuela Militar de las Américas en Panamá, la cárcel de Abugraiv en Irak o la prisión de la Base Militar de Guantánamo –denunciadas internacionalmente como centros de tortura–, y declarar como terrorista o violador de los derechos humanos a cualquier gobierno que no se pliegue a sus estilos de disfrazar el terrorismo y la violación de tales derechos.

Afortunadamente, en los últimos años en Latinoamérica y el Caribe se ha producido una reanimación del espíritu independentista, de defensa de la soberanía nacional y de integración con plena conciencia de sus posibilidades y obstáculos,<sup>77</sup>

<sup>77</sup> “Prácticamente en todas las organizaciones latinoamericanas y caribeñas los Estados parecen percibir de manera más o menos explícita los

que tras el fracaso del ALCA tiene seriamente preocupados a los gobernantes norteamericanos.

Gérmenes promisorios de realización del sueño integracionista de los forjadores de la independencia, se atisban en Mercosur, la Alianza Bolivariana de las Américas (ALBA), la Comunidad de Estados Latinoamericanos y del Caribe (CELAC). De ahí que busquen, en correspondencia con la máxima imperial romana de *divide y vencerás*, alternativas como los tratados bilaterales de libre comercio para seguir imponiendo su política imperialista no solo en este continente, sino en el mundo entero.

El pronóstico de Bolívar y Arosemena, que Martí acogió al pie de la letra, sobre el destino que le vaticinaba a la política imperial estadounidense, en su precoz antiimperialismo<sup>78</sup> se ha confirmado más allá de este continente. Pero también la historia ha demostrado que cuando los pueblos reaccionan ante sus agresiones con unidad, profundas convicciones ideológicas y decisión de lucha por la soberanía pueden salir

---

límites de los procesos de integración, como los hasta ahora realizados. Así que, de manera similar en las distintas organizaciones, se produce algunas veces con afán a una redefinición principalmente política de cada proceso de integración. A esto le sigue una fase de desarrollo y de evolución que tiene que ver en primer lugar con los aspectos sustanciales de la cooperación, pero también en la disciplina jurídico-institucional. De todo esto se rendirá cuentas en el límite de lo posible, pero resulta evidente como casi todos los procesos de integración en América Latina y el Caribe viven un momento de evolución y se produce de manera a menudo confundida y no lineal a continuas revisiones.” P. Pennetta, *Integración e integraciones*, Bogotá, Universidad Católica de Colombia/Editorial Planeta/Fondazione I. S. LA. Per gli Studi Latinoamericani, 2011, p. 25.

<sup>78</sup> A. Herrera Franyutti, “El precoz antimperialismo de José Martí”, en *Memorias del Simposio Internacional Pensamiento político y antiimperialismo en José Martí*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1989, p. 264.



victoriosos como sucedió en Playa Girón (Bahía de Cochinos), Cuba o en Vietnam.

Las arraigadas convicciones anticolonialistas, y antiimperialistas de José Martí constituyeron una premisa indispensable de su actitud independentista e integracionista en relación con los pueblos latinoamericanos, pero a la vez, en dialéctica concatenación, esta última condicionaría la radicalización de aquellas convicciones.

Martí se nutrió del estudio de la historia política, social y cultural de la confrontación entre Latinoamérica y el vecino poderoso del Norte que por desconocerla ha subestimado las potencialidades emancipadoras y desalienadoras que porta en sí la praxis liberadora de los pueblos latinoamericanos.

Su labor fue más que suficiente y auténticamente válida para su época, pero su muerte ocurrió hace más de un siglo. Nuevos desagradables acontecimientos se han producido posteriormente a partir de la agudeza de esta confrontación expresadas en cíclicas intervenciones militares yanquis, pero como respuesta a tales actitudes una creciente maduración de la conciencia política latinoamericanista, integracionista y antiimperialista se puede fácilmente apreciar que ha tomado mayor auge en los últimas décadas.

Ya no es esta la época cuando a la Revolución Cubana se le trataba de aislar del resto del continente y del mundo. Se viven tiempos de alborada de dignidad emancipadora, autodeterminación, soberanía, solidaridad e integración latinoamericana. Lógicamente, este fenómeno encuentra las más sutiles formas de agresión no solo propagandística sino también de entorpecimiento de cualquier actitud soberana.

Ya el tigre en la bruma, que metafóricamente entreveía Martí en su célebre ensayo *Nuestra América*, en el nacimiento del imperialismo norteamericano dejó de aparentar dormir y sus garras distan mucho de ser aterciopeladas. Se vio obligado a despertarse ante tanto bullir de las recientes fiestas

liberadoras de los pueblos latinoamericanos, pero no hay que estimular ilusiones pues no cesará en sus viejos empeños de engullirlos de algún modo, aunque solo sea inicialmente en el plano de la compra de las conciencias para posteriormente hacer efectivo su demandante cheque de las riquezas materiales que producen los pueblos latinoamericanos.

En la misma medida en que se reivindicuen adecuadamente en las nuevas generaciones el pensamiento filosófico latinoamericano, de profunda raigambre humanista, pero en especial, el ideario revolucionario, anticolonialista y antiimperial de los forjadores de la independencia latinoamericana, las nuevas generaciones tendrán referentes ejemplares para continuar su labor en defensa de la soberanía de estos pueblos.

Junto al desarrollo económico, tecnológico y del nivel de vida material de las nuevas generaciones se está obligado a cultivar los valores fundacionales de la integración latinoamericana<sup>79</sup> y la conciencia soberana en estos tiempos desafiantes tiempos de globalización, presunta posmodernidad y falacias neoliberales.<sup>80</sup> Para desplegar esa labor se hace necesario analizar algunas de las tareas económicas, políticas, sociales y culturales que Martí se planteó para nuestra América.

Múltiples son las tareas pendientes para el logro de la plena independencia y la integración verdaderamente horizontal y no vertical de Latinoamérica<sup>81</sup> que aunque tuvo un

<sup>79</sup> Véase Colectivo de autores de la “Cátedra Andrés Bello”, *Valores fundacionales de la integración latinoamericana*, Santa Clara, Universidad Central de las Villas, 2009.

<sup>80</sup> Véase P. Guadarrama, *Cultura y educación en tiempos de globalización posmoderna*, Bogotá, Editorial Magisterio, 2006.

<sup>81</sup> “Hay que diferenciar la seudointegración de la auténtica integración, pues la verdadera y efectiva es la de carácter horizontal. Esta resulta de la igualdad de condiciones que, por el consentimiento general de las naciones, permite un desarrollo equitativo, racional, justo y sostenible para todos sus miembros, sin obviar los niveles económicos y científicos-tecnológicos

mal comienzo,<sup>82</sup> encuentran en José Martí un valioso arsenal indispensable para el momento actual.

A fines del siglo XIX se disputaban la primacía las corrientes ideológicas que deseaban mantener las viejas formas de dominación como el conservadurismo y las nuevas como el liberalismo y el socialismo que trataban de cumplir las tareas de consumación de la modernidad e incluso, en el caso de esta última, de superarlas cualitativamente o de aniquilarlas y crear radicalmente otras nuevas como proponía el anarquismo. No se debe poner en duda lo afirmado por Ricaurte Soler que, “en los proyectos de la unidad de nuestra América, tema martiano por excelencia, plasmó la más vehemente aspiración de la ideología demoliberal decimonónica”.<sup>83</sup>

---

que tengan países determinados. Así mismo, la integración debe ser multilateral, en el sentido de que un país puede estar en más de una determinación sociocultural, política o económica, teniendo en cuenta que toda verdadera identidad e integración lo son en la diferencia.” M. Rojas Gómez, *Iberoamérica y América Latina identidades y proyectos de integración*, Cuba, Ediciones La Luz, 2011, p. 104.

<sup>82</sup> “La integración latinoamericana tuvo un mal comienzo. La herencia de la colonización ibérica, fundamentalmente española, contribuyó al nacimiento de Estados-nación debilitados que no pudieron desarrollar interrelaciones con los demás, ni establecer relaciones comerciales con el resto del mundo. Además, los Estados-nación llegaron a ser independientes sin una participación y un compromiso suficiente activo de los distintos estratos sociales de la población. A ello se añadió la preeminencia de pequeños intereses locales por encima del interés de integrarse y el reparto de los territorios según el trazado de las fronteras heredadas de la monarquía española, a diferencia de la posesión real y efectiva de los territorios como fundamento de las fronteras brasileñas”. E. Vieira Posada, *La formación de espacios regionales en la integración de América Latina*, Bogotá, Convenio Andrés Bello-Pontificia Universidad Javeriana, 2008, p. 18.

<sup>83</sup> R. Soler, “José Martí: Bolívarismo y antimperialismo”, en *Memorias del Simposio Internacional Pensamiento político y antiimperialismo en José Martí*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1989, p. 21.

Con el fracaso de la ideología liberal que resultaba muy progresista en esta región a fines del siglo XIX tomaron auge las fuerzas de la reacción, las oligarquías terratenientes, el conservadurismo, y en especial el imperialismo norteamericano que aplastaron aquel proyecto democrático liberal.

Nuevas ideologías totalitarias, como el fascismo, se impondrían posteriormente en el siglo XX, de las cuales Latinoamérica no podría escapar y se mantiene latente y acechante en sectores de la ultraderecha norteamericana y algunos sectores oligárquicos latinoamericanos, que no se resignan a los cambios que se están produciendo favorablemente para la dignificación e integración de los pueblos latinoamericanos. Y ante tales acontecimientos surge la interrogante: ¿Podrá en la actualidad sostenerse sólidamente una propuesta integracionista latinoamericana asida a los mismos pilares ideológicos?. O necesariamente esta tarea debe emprenderse desde nuevos pilares y perspectivas ideológicas, muy diferentes a las de fines del siglo XIX tomando en consideración, tanto que el fascismo y los fundamentalismos no han desaparecido tras el fracaso de algunos ensayos de socialismo, que obligan a elaborar nuevas propuestas políticas y por qué no, también nuevas ideologías y nuevas filosofías.

Indudablemente, también otras son las tareas a las que deben consagrarse las nuevas generaciones, entre las cuales la intelectualidad y en especial la cultivadora de la filosofía, en este inicio del siglo XXI, como la de lograr la añorada integración latinoamericana si es que se quiere imitar el ejemplo de los forjadores de la independencia y ser auténticos hombres de esta nueva época.

Sin embargo, algunas de las tareas que se propuso Martí como la necesidad de un mejor estudio de los orígenes y evolución de la historia latinoamericana, aún se mantienen plenamente vigentes. Su recomendación de que: “La historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aun-

que ni se enseñe los arcontes de Grecia”,<sup>84</sup> no significaba en modo alguno que se dejase de estudiar los aportes del pensamiento grecolatino, al que siempre estimó en alto grado, pero si implicaba una mejor atención a la valoración de la ancestral cultura de los pueblos de esta región.

En especial, la necesaria diferenciación de las fuentes de la cultura latinoamericana en relación con la de origen europeo y norteamericano le hicieron afirmar: “Ni de Rousseau ni de Washington viene nuestra América, sino de sí misma”.<sup>85</sup>

Sabía muy bien que tanto la historia como los destinos de las dos culturas que finalmente habían cristalizado en esta parte del mundo, la de origen latino y la de origen anglosajón, eran muy diferentes y ni los gobernantes ni los pueblos debían ignorar tales diferencias para enrumbarlos mejor.

A su juicio: “En la política de América, es riesgosa la idea de política del continente, porque con dos corceles de diferente genio y hábitos, va mal el carruaje. Pero la ciencia es toda una, y conviene todo lo que junte a los pueblos [...]”.<sup>86</sup> Por esa razón, se impone hoy la necesidad de que nos conozcamos recíprocamente mucho mejor y de la misma forma que debemos estudiar la historia y la cultura de los pueblos de nuestra América, debemos también conocer y estimar los mejores ejemplos de la historia del pueblo norteamericano.

De acuerdo con Graciela Chailloux:

Todos los planteamientos de Martí [...] presuponen la posibilidad de un desarrollo económico autóctono, independiente, dentro de los marcos del modo capitalista de producción para los países que aún no habían alcanzado su independencia económica. Desarrollo independiente que si bien no podía ser factible

<sup>84</sup> Martí, *Obras Completas...*, t. 6, p. 16.

<sup>85</sup> *Ibid.*, t. 8, p. 244.

<sup>86</sup> *Ibid.*, t. 5, p. 343.

desde el punto de vista práctico en los albores de la fase imperialista del régimen capitalista –momento cumbre de aquella internacionalización del modo capitalista de producción y del consecuente sometimiento de un importante conjunto de países– si podía serlo teóricamente, en tanto aun el capitalismo no había agotado todas las posibilidades de su desarrollo.<sup>87</sup>

Es cierto que, en la época que le correspondió vivir a Martí, esas eran las posibilidades de desarrollo socioeconómico que se le presentaban a los países latinoamericanos, pues el socialismo, no era una alternativa real como lo sería posteriormente y ha demostrado no solo la Revolución Cubana, sino nuevas alternativas autóctonas de orientación socialista que actualmente se desarrollan en Latinoamérica.

La siguiente idea martiana se mantiene muy vigente aun en nuestros días:

El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia. Por respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos.<sup>88</sup>

En la actualidad, es imprescindible cultivar aquel optimismo martiano sobre el futuro de los pueblos latinoamericanos:

Lo que acontece en la América española no puede verse como un hecho aislado, sino como una enérgica, madura y casi simul-

<sup>87</sup> G. Chailloux Laffita, “La estrategia martiana de desarrollo económico para América latina”, en *Anuario Centro de Estudios Martianos*, núm. 6, La Habana, 1983, p. 92.

<sup>88</sup> Martí, *Obras Completas...*, t. 6, p. 22.

tánea decisión de entrar de una vez con brío en este magnífico concierto de pueblos triunfantes y trabajadores, en que empieza a parecer menos velado el cielo y viles los ociosos. Se está en un alba, y como en los umbrales de una vida luminosa, se esparce tal claridad por sobre la Tierra, que parece que van todos los hombres coronados de astros.<sup>89</sup>

Sin duda mucho más que en la época que le correspondió vivir al pensador cubano, se puede afirmar al igual que él, que : “Hoy se habla en América la lengua concreta donde encaja la idea como acero en el tahalí, y el pensamiento criollo impera y resplandece”.<sup>90</sup>

Tal preocupación por reivindicar lo propio de las raíces étnicas y culturales latinoamericanas le hizo sostener que: “Ni con galos, ni con celtas tenemos que hacer en nuestra América, sino con criollos y con indios”.<sup>91</sup>

Entre las tareas aún pendientes que Martí atisbó resultaban imprescindibles la reforma agraria junto con una significativa transformación educativa y cultural, de ahí que sostuviese:

En América, no hay más que repartir bien las tierras, educar a los indios donde los haya, abrir caminos por las comarcas fértiles, sembrar mucho en las cercanías, sustituir la instrucción elemental literaria inútil, con la instrucción elemental científica –y esperar ver crecer los pueblos.<sup>92</sup>

Y como puede apreciarse, especial atención le otorgó a la reivindicación de los pueblos originarios de estas tierras. “La inteligencia americana –sostenía– es un penacho indígena.

<sup>89</sup> *Ibid.*, t. 19, p. 153.

<sup>90</sup> *Ibid.*, t. 5, p. 440.

<sup>91</sup> *Ibid.*, t. 7, p. 59.

<sup>92</sup> *Ibid.*, t. 8, p. 439.

¿No se ve cómo del mismo golpe que paralizó al indio, se paralizó América? Y hasta que no se haga andar al indio, no comenzará a andar bien la América”.<sup>93</sup> Pareciera que en estos momentos de inicios del siglo XXI en algunos países latinoamericanos el indio ha echado a andar.

Su propuesta integracionista se mantiene como una imprescindible tarea pendiente por lo que “La América ha de promover todo lo que acerque a los pueblos y abominar todo lo que los aparte”.<sup>94</sup>

Por supuesto que, en la actualidad, no basta nutrirse del ideario martiano para una mejor comprensión del pensamiento latinoamericanista e integracionista de nuestros pueblos, pero evidentemente tampoco es prudente ignorarlo.

<sup>93</sup> *Ibidem*, p. 336.

<sup>94</sup> *Ibid.*, t. 6, p. 153.